

NATURALEZA Y ARQUEOLOGÍA: LA REPRODUCCIÓN EN SOCIEDADES CAZADORAS-RECOLECTORAS O LA PRIMERA REVOLUCIÓN REPRODUCTIVA¹**NATURE AND ARCHAEOLOGY: THE REPRODUCTION IN HUNTER-GATHERER SOCIETIES OR THE FIRST REPRODUCTIVE REVOLUTION****Assumpció VILA (*) y Jordi ESTÉVEZ (**)**

* Grup AGREST (Generalitat Catalunya). Institució Milà i Fontanals-CSIC. Egipcíques, 15, 08001. Barcelona. avila@imf.csic.es

** Grup AGREST (Generalitat Catalunya). Doctor vinculado al CSIC. Departament de Prehistòria. Universitat Autònoma de Barcelona. Edifici B-Campus de la UAB. 08193. Cerdanyola del Vallès. Barcelona. jordi.estevez@uab.cat

Resumen: La explicación para las sociedades cazadoras-recolectoras prehistóricas se basa en procesos inferenciales y analógicos que toman como referencia las sociedades cazadoras-recolectoras modernas. Sin embargo ninguna sociedad estudiada por la Etnografía era primitiva y mucho menos prehistórica. En el punto concreto de la historia en que vemos a esas sociedades están organizadas con relaciones que provienen de largas trayectorias históricas. Partiendo de esta reflexión y del análisis del registro arqueológico y etnográfico de las sociedades de Tierra del Fuego y de la Costa Noroeste de América, que han sido los paradigmas extremos para sociedades cazadoras-recolectoras postulamos que la universal división del trabajo en función del sexo, la desigualdad y la discriminación de las mujeres fueron la consecuencia histórica de la gestión de las estrategias reproductivas para controlar la variable demográfica. Por lo tanto situamos el origen de estas estrategias en la Prehistoria e intentamos generar un registro arqueológico que nos permita identificarlas.

Palabras Clave: Etnoarqueología, sociedades cazadoras recolectoras, división social sexual.

Abstract: The explanation for prehistoric hunter-gatherer societies is based on inferential and analogical processes which refer to the modern hunter-gatherer societies. But any society studied by ethnography was primitive and much less prehistoric. On the specific point in history we look at these societies, they are organized with relationships that come from long historical trajectories. From this reflection and the analysis of the archaeological and ethnographic record of the societies in Tierra del Fuego and the Northwest Coast of America, which have been the extreme paradigms for hunter-gatherer societies, we postulate that the universal division of labor by sex, inequality and discrimination against women were the historical consequences of the management of reproductive strategies to control the demographic variable. Therefore we place the origin of these strategies in prehistory and try to generate an archaeological record that allows us to identify them.

Key words: Ethnoarchaeology, hunter-gatherer societies, sexual division of society.

Sumario: 1. El mito de la división sexual-natural del trabajo y de la igualdad social en sociedades cazadoras-recolectoras. 2. La reproducción como algo natural. 3. Necesidad de control social de la reproducción. 4. Discusión. 5. Posibilidades de verificación. 6. Bibliografía.

1. La "revolución reproductiva" es un salto cualitativo en la eficiencia de la reproducción de las poblaciones (John MacInnes y Julio Pérez Díaz 2008).

1. El mito de la división sexual-natural del trabajo y de la igualdad social en sociedades cazadoras-recolectoras

El estudio de las sociedades cazadoras-recolectoras se nutre (consciente o inconscientemente) de inferencias que surgen de analogías. Éstas han sido preferentemente etológicas para las primeras sociedades homínidas y etnográficas cuando se ha tratado de sociedades de humanos anatómicamente modernos. Así se han transferido hipótesis que arrastran sesgos de aproximaciones teóricas concretas elevándolas al rango de leyes generales para después operar con ellas deductivamente en contextos prehistóricos, y a partir de ahí explicar finalmente una presunta “naturaleza humana” esencial, generalizable y actual.

Si esas generalizaciones etológicas mecánicas para el caso de homínidos pre-humanos podrían tener aún alguna dudosa justificación, no parecen en cambio adecuadas para explicar las sociedades y el comportamiento de los homínidos anatómicamente modernos caracterizados por vivir en un nicho ecológico y ambiente auto-construidos. Un caso claro de abuso de este procedimiento aflora en ciertas apariciones de “prehistoriadores” tertulianos en los *mass media*, que llegan a usar tales aproximaciones “etológicas” mecánicas para explicar las conductas de los humanos actuales.

Por otro lado están las explicaciones de sociedades cazadoras-recolectoras prehistóricas realizadas a partir de los registros etnográficos. Con ser el análisis crítico de este registro importante en los primeros pasos de la investigación y como búsqueda de indicadores arqueológicos (Vila 2006), con frecuencia se toman observaciones sesgadas que se transfieren acríticamente hacia el pasado presentándolas como explicaciones de este pasado. Ello resulta en una visión estática, fosilizada, de las sociedades actuales y en una autoconfirmación del carácter de sociedades fósiles para las sociedades etnográficas modernas.

Las investigaciones desarrolladas en Tierra del Fuego (TdF) y en la Costa Noroeste de América (NWC) nos han dejado bien claro que uno de los sesgos más graves para conseguir una imagen

integral de las sociedades etnográficas es el androcentrismo de las etnografías del siglo XIX. Éste es un rasgo común en los dos casos citados, TdF y NWC, que más hemos trabajado: básicamente fueron hombres los que describieron estas sociedades, con ayuda de informantes también predominantemente masculinos que por lo tanto enfocaban las explicaciones de la misma manera, alcanzando por ello en ambas zonas resultados muy homogéneos incluso en sus diferencias. No existe información directa de mujeres sobre su situación y en ese sentido, en la práctica, poco importa el hecho que la información procediera prioritariamente de informantes masculinos o no. En el caso del misionero-etnógrafo M.Gusinde en TdF (Gusinde 1937), por ejemplo, muchas de las informaciones proceden de Nelly, esposa yámana de un hijo de misionero, pero ni a Gusinde le preocupan estas cuestiones de mujeres ni a ella explicarle mucho al respecto. En la NWC tampoco existen informaciones procedentes directamente de las mujeres que en aquellos momentos participaban, y mucho, del proceso de cambio que siguió al contacto. Ni las mujeres blancas que llegaron ya entrado el siglo XIX y mucho menos las mujeres indígenas, tuvieron voz directa. El incuestionable papel que jugaron en esos profundos cambios sociales, y cómo les afectó a ellas y a sus relaciones, debe ser extraído de un análisis crítico (y contextual) de los documentos escritos por hombres.

En suma, el registro etnográfico existente muestra enseguida la subjetividad de las descripciones generales sobre la relación entre hombres y mujeres en las sociedades y este sesgo queda claramente al descubierto en cualquier análisis libre de prejuicios de la información etnográfica y de los comentarios que se vierten al margen.

Lo que sí hacen algunos de los primeros antropólogos y viajeros varios que describieron, algunos minuciosamente, la vida cotidiana de esas sociedades “extrañas” es comentar lo mal que se trataba en general a las mujeres, tanto física como socialmente (Monge *et al.* 1991).

Todas las descripciones etnográficas se refieren a “momentos” más o menos largos pero siempre puntuales, de la historia de esas sociedades y pocas pretenden buscar las causas a estas situaciones concretas en la propia historia anterior de esas mismas sociedades. Quizás por ello muchas de las situaciones de desigualdad y presunta complementariedad laboral se solían justificar recurriendo a una inmutable biología que hacía a las mujeres más dispuestas a según qué sentimientos e incapaces de según qué trabajos. Aunque algunos autores llegan a reconocer que esta supuesta diferencia biológica fue aprovechada en detrimento de las mujeres, ambas sociedades, la nativa americana descrita y la euro-americana, compartían la posición secundaria y subordinada de la mujer y en consecuencia se universalizaba y naturalizaba esa situación de discriminación social. Así pues no preocupó demasiado explicar esa realidad ya que las diversas situaciones eran sólo matices o grados de una misma diferencia biológica-natural, que en aquellas sociedades “extrañas” se encontraba casi en estado puro.

Después otr@s antropólog@s más modern@s, menos conformistas, pero tal vez con cierto deje de romanticismo en su visión de las sociedades “no industriales”, nos han explicado que en realidad ambos sexos se complementaban, se querían y eran fundamentalmente buenos y que cada cual hacía “lo suyo”. Y también podemos encontrar, normalmente a partir de informantes ya actuales, relatos acerca del poder oculto de las mujeres, un presunto poder paralelo junto con una vida también paralela que los informantes hombres habrían desconocido o las mujeres habrían escondido a los etnógrafos y a sus informantes masculinos. Es decir que “aunque no lo sabemos” las mujeres “eran” más libres y estaban mucho mejor que las “civilizadas”, como si fuera cuestión de dualidades o confrontación de situaciones “mujer nativa/mujer capitalista” y de rescate de una situación ideal perdida (Fiske 1981). Dejamos de lado cualquier argumento sobre la presunta felicidad de las personas sometidas y alienadas. La desigualdad y la discriminación no son

elementos subjetivos, sino que pueden ser evaluados objetivamente y tienen consecuencias materiales.

En realidad, desde nuestra perspectiva, no se trata de comparar entre mujeres de distintas sociedades sino entre las relaciones “hombre/mujer” de cada sociedad y en todo caso, y de ser posible, hacerlo en base a un índice objetivo de esa relación entre los dos sexos que podría ser luego comparado de una sociedad a otra.

La diferencia/discriminación/no equivalencia social entre mujeres y hombres no ha sido considerada un verdadero problema histórico; se da por supuesto que siempre ha sido así y que no hubo un momento original —o producto social concreto— que merezca que averigüemos sus causas. La reproducción, entendida muchas veces de manera restrictiva sólo como embarazo y parto, ha sido asumida como natural igual que lo es la necesidad de alimentos (aunque en cambio sí se considera que la forma de conseguir alimentos —las estrategias subsistenciales— está en la base de la explicación del cambio histórico). Al considerar la reproducción como un hecho natural, su relación con la subsistencia no es considerada social ni causa primera de un tipo de sociedad concreta. Por eso la división sexual del trabajo no ha merecido más atención que una pura descripción, con algunas salvedades procedentes básicamente del campo antropológico, del feminismo y de la antropología del género (p.e. Amorós 1985, Balme y Beck 1995, Bertelsen *et al.* 1987; Falcón 1981; Kuhn y Stiner 2006, Mathieu 1985).

Nosotr@s partimos de que las sociedades humanas se construyen entre hombres y mujeres en relaciones específicas históricas que pueden conformar sociedades distintas, y de que las sociedades humanas son por definición “no naturales” (Argelés y Vila, 1993).

Ninguna sociedad estudiada por la etnografía era primitiva y mucho menos prehistórica. En el punto concreto de la historia en que vemos a esas sociedades CR están organizadas con relaciones que provienen de largas trayectorias históricas a lo largo de las cuales mujeres y hombres, originalmente distintos en relación a la

reproducción biológica, habían procurado sobrevivir con los recursos que sus conocimientos reconocían, con las técnicas que habían ido desarrollando y con la experiencia de organización acumulada durante miles de años. Esas relaciones entre mujeres y hombres para reproducirse produciendo, estaban históricamente determinadas, conformándose a lo largo de crisis, desajustes y cambios. La diferente distribución de tareas en una y otra sociedad demuestra que el sexo no excluye un determinado trabajo; y lo elaborado de algunas relaciones llamadas de parentesco y determinadas actividades o prohibiciones sociales reflejan que las relaciones de reproducción tampoco son un mero producto directo de un presunto instinto.

Frecuentemente se ha simplificado la división sexual del trabajo diciendo, por ejemplo para la CNW, que “los hombres cazaban y pescaban mientras que las mujeres recolectaban alimentos vegetales o mariscos intermareales” o que en TdF los hombres cazaban lobos marinos y guanacos mientras que la mujeres pescaban y recolectaban moluscos. Evidentemente, el especificar sólo los procesos de captación de alimentos puede hacer que parezca que existe una igualdad o complementariedad. Así puede explicarse que en el caso de TdF se haya dado por sobre-entendido el igualitarismo de aquella sociedad simple, mientras que en la NWC se ha enfatizado la desigualdad de clases por la extraña existencia de esclavismo en una sociedad cazadora-recolectora.

Sin embargo la desigualdad objetiva entre hombres y mujeres queda completamente en evidencia si tenemos en cuenta la inversión en tiempo de trabajo de cada sexo y aún más si a los trabajos de extracción les añadimos los de preparación del alimento. Y aún quedaría más patente si a estos trabajos de producción de alimentos le añadimos todas las tareas de elaboración de utensilios varios (con materias primas animales y vegetales) y las correspondientes tareas de mantenimiento. Y todavía más si no obviamos “por supuestas” todas las tareas vinculadas con la reproducción biológica y social.

Cualquier ejemplo valida la diferencia

en tiempo de trabajo invertido por los dos sexos (Barceló *et al.* 1994; Grup Devara 2006), y por tanto el valor (objetivo) diferencial de lo aportado: en el caso de la NWC, precisamente todo el procesado del pescado para su conservación y consumo eran los procesos vinculados con la alimentación que más fuerza de trabajo requerían (Hill-Tout 1978).

Tal como expone Moss (1993), la minoración de la aportación femenina, propia de las relaciones entre hombres y mujeres de las sociedades nativas de la NWC se transmitió sin cuestionamiento (como en tantos otros casos) a las interpretaciones arqueológicas. Así por ejemplo, la importancia trascendental de la recolección de moluscos entre Tinglits tarea a cargo de las mujeres, era subjetivamente negada y rebajada en la consideración social nativa, y también en la evaluación paleo-económica hecha por los arqueólogos en la actualidad.

Como excusa para negar la inequivalencia hombres-mujeres y contrarrestar el peso de la evidencia de la existencia de discriminación se ha recurrido a remarcar que existió alguna mujer “principal”. En efecto hay alguna descripción en la que se da cuenta de que el poder pasó a la hija del jefe y hay pocas dudas que en la época del contacto europeo existía una división horizontal en las sociedades de la NWC. Pero una “princesa” no es, ni era equivalente a “un príncipe heredero”. Ya los navegantes españoles en sus primeros contactos con los jefes nativos de la costa de la isla de Vancouver se dieron cuenta de esa diferencia y en las fuentes etnográficas de la NWC en general queda bien explícito que, cuando un jefe se quedaba sin hijos su importancia política podía pasar a su hija, pero que al casarse se la pasaba inmediatamente a su marido (Hill-Tout 1978: 97). Esta situación no puede extrañarnos y no hace falta tampoco recurrir al ejemplo contemporáneo extremo de Arabia Saudita, sino simplemente recordar que esta diferente categorización entre príncipes y princesas incluso en el Estado español requerirá una modificación de la Constitución para ser enmendada.

Otro ejemplo para restar importancia a

la existencia de discriminación ha sido destacar que también existían mujeres con “poderes sobrenaturales” la cuales, por ello ostentaban cierta relevancia política. Pero también en estos casos de personas sobresalientes hay una inferioridad de dichas mujeres. Por ejemplo, siguiendo en la CNW, se indica la existencia de tres tipos de shamanes entre hablantes salish: los doctores que curan enfermedades, los videntes y “las brujas”, categoría que no estaba espacialmente bien considerada y que era la única a la que podían pertenecer las mujeres (Hill-Tout 1978: 100). En la misma dirección en Boas leemos por ejemplo que entre los habitantes del sur de la isla de Vancouver: “hay dos clases de conjuradores o shamanes, la más alta es la de Squnä'am, la inferior la si'oua. La si'oua es generalmente una mujer” (Boas 1891: 580).

El constructo ideológico que justificaba esa desigualdad queda perfectamente reflejado en los contenidos de los relatos, leyendas, creencias y cuentos morales. En los mitos de TdF clasificados como “explicativos” (Gusinde 1937) se destacan las conductas inadecuadas de la mujer. No aparecen en cambio censuras comparables para actitudes semejantes de los hombres. En la sociedad yámana la valorización social de lo producido por hombres y mujeres es diferente. Existen relatos en los que se destacan las habilidades de los hombres asociadas a la producción, mientras que sólo hay relatos sobre mujeres en los que se las censura por no cumplir con sus trabajos adecuadamente. No se recoge ninguna excepción al respecto. El adulterio femenino es una conducta a castigar pues una mujer debe convertirse en sujeto reproductor adscrito a una célula bajo dominio del varón. La sociedad yámana organizaba sus relaciones sociales articuladas en parejas de hombre-mujer orientadas a la reproducción, con diferente valorización de unos y otras (Barceló *et al.* 1994).

Igual que en TdF, también en el registro histórico y etnográfico de la NWC existen suficientes datos objetivos así como indicios indirectos que se detectan fácilmente, y descripciones que dejan bien palpable, incluso sin pretenderlo (por la propia

inconsciencia o alienación del/de la informante), la existencia de tales relaciones de desigualdad, y más allá el grado de discriminación y de poder de sometimiento ejercido por los hombres sobre las mujeres. Incluso los españoles establecidos en Nootka (Isla Vancouver), que no llegaron a percibir claramente el sistema de clases (pues no veían un claro jefe indiscutible y continuado), sí sospecharon que ciertas mujeres eran oprimidas y violentadas y sí se percataron de una clara desigualdad en el valor y el rol político de hombres y mujeres. Registraron la “prestación” de mujeres y la venta sobretodo de niñas (Monge *et al.* 1991). La situación de inferioridad de la mujer también se recoge en relatos de cautivos europeos (Jewitt 1987) y en descripciones etnográficas.

La no-equivalencia es también evidente en los rituales de pubertad, en los que se remarca la desigualdad institucional en la división sexual de los roles. Aunque hay una gran variabilidad entre los rituales de las diferentes agrupaciones, en general en todos se instruye a los hombre en la caza (en el esfuerzo y las privaciones asociados a esa actividad) y a no desear mujeres “ajenas” y a las mujeres, aparte de sus trabajos “propios”, se las insta a practicar la paciencia, la sumisión y a evitar la codicia, además de impedirles comer la comida más usual (en la CNW, p.e. el salmón) en ciertos momentos de su ciclo vital.

Las llamadas historias y leyendas que se transmitían cotidianamente contienen gran cantidad de moralejas sobre el comportamiento considerado “adecuado” y sobre las penas que esperan a mujeres que se desvíen de las normas sociales establecidas (p.e. Boas *et al.* 2002): hay moralejas con castigos para una variada panoplia de posibles acciones: para mujeres que se acuestan con desconocidos, para mujeres que rechazan a pretendientes por su fealdad, raptos de mujeres, venta y prostitución de mujeres para obtener beneficios, mujeres que son condenadas a vivir solas y alimentarse de mejillones, un recurso que debían de recoger ellas y que era considerado de escaso valor social (por ejemplo Pedraza 2009, para sociedades

fueguinas).

2. La reproducción como algo natural

La mayor parte de las explicaciones en TdF y en la NWC se basan en la naturalidad del proceso de reproducción humana. Es la misma "naturaleza sabia" la que en las sociedades CR controlaba que no se tuvieran demasiados hijos mientras el desarrollo tecnológico (no natural) no avanzara, y es la misma naturaleza que después (con el sedentarismo) hace que la descendencia se multiplique y su número se descontrole. Así, siguiendo postulados explicitados a partir de los años sesenta (Birdsell 1968, Brightman 1996, Kelly 1954, Hassan 1981, Surovell 2000, Sussman 1972...), se argumenta que la oferta ambiental limita la supervivencia al mínimo de la oferta disponible o que las madres recolectoras nómadas no podrían transportar más de dos niños a la vez y por tanto debían espaciar los nacimientos o proceder al infanticidio activo o pasivo, o bien que el amamantamiento prolongado reduce de manera efectiva los embarazos. Pero también plantean (p.e. Orquera 2005) que estos problemas de desplazamiento o de escasez y precariedad de recursos se matizan por ejemplo en el caso de canoeros (ya que disponían de medios de transporte y recursos abundantes) y por tanto no habrían sido tan acusados permitiendo que no hubiera tanta restricción demográfica. Como consecuencia, por ejemplo, al final del siglo XIX la densidad de población en la región del Canal Beagle era sustancialmente más elevada que entre las sociedades CR vecinas de la Patagonia continental.

Para TdF se ha escrito que la invención de canoas y arpones habría supuesto la rápida expansión de "los canoeros" ya que podían aprovechar de forma más eficiente los recursos propios del litoral y por consiguiente efectuar una colonización exitosa y continuada (Orquera y Piana 1987, Orquera y Piana 1999, Piana 1984). Estos últimos autores han argumentado que en poblaciones que se "hicieron" canoeras la estabilidad del ambiente, la gran disponibilidad de alimentos alternativos, la riqueza en proteínas y grasa de la dieta a base de moluscos y mamíferos

marinos habrían favorecido la fertilidad de las mujeres y la fecundidad de la población. Pero la fecundidad se reduciría al aproximarse al techo demográfico de la capacidad sustentadora produciéndose por lo tanto una estabilización demográfica (Orquera y Piana 2006).

Estamos de acuerdo con esos autores en que el hecho de disponer de mejillones como válvula de seguridad dentro de un sistema de explotación de recursos litorales variados, proporcionó una estabilidad que permitió un crecimiento inicial muy rápido de la población y el mantenimiento de una densidad de población relativamente elevada. Sin embargo lo discutible de esas argumentaciones es ese "por supuesto", o naturalidad del control de la fecundidad, que primero habría provocado un aumento incontrolado y después una reducción estabilizadora automática. Se debería admitir un presunto control "natural" de la población provocado por muertes por inanición, o bien invocar una presunta "naturaleza humana" que rechazaría innovaciones o aventuras cuyas ventajas no fueran muy evidentes a pesar de tener que hacer frente a situaciones extremas de muerte por inanición.

Otros autores desde una posición opuesta han sugerido que siempre ha habido un estrés de crecimiento poblacional propio de la fertilidad de la especie humana, lo que ha estimulado a aprovechar inmediatamente los nuevos desarrollos tecnológicos que se fueron produciendo (ver Hayden 1981 y 2010 e.p.) o que ese stress potenció el desarrollo tecnológico como por ejemplo el surgimiento de la agricultura y ganadería (Cohen 1977).

Un primer problema en estos dos tipos de afirmaciones consiste en que es difícil calcular una presunta "fecundidad natural" en humanas. Se ha especulado tanto sobre una potencialidad de un crecimiento del 3,4% (Martin 1973) como de uno del 0,01 % anual (Hassan 1981). Lo único ciertamente comprobable es que la mujer tiene un embarazo de nueve meses y por tanto esa es la separación mínima entre embarazos, y también que la fecundabilidad global depende de la frecuencia del

coito, que obviamente es una variable regulada por las relaciones sociales. Es decir, que no se puede calcular prescindiendo de las circunstancias sociales y para calcularla se han tomado datos de diferentes sociedades, cuyas relaciones sociales son la consecuencia de su propia historia. Así pues, estamos dependiendo siempre de cálculos teóricos sobre fertilidad potencial o fecundidad en función de resultados *a posteriori* de una combinación histórica de las diferentes variables (la oferta de recursos disponibles siempre condicionada por la tecnología y la demanda condicionada históricamente por las relaciones de reproducción establecidas). Por tanto las analogías se realizan siempre sobre bases de “fecundidad dirigida”.

Teniendo en cuenta como resultado *a posteriori* una población de 3000 personas —que es el número estimado por diferentes viajeros y etnógrafos para la gente yámana— hicimos (Estévez y Gassiot 2002) un cálculo teórico partiendo de una hipotética población inicial de sólo 30 personas con un reemplazo generacional cada 25 años; y calculamos que para llegar a aquella población final, de promedio sólo una de cada más de 27 mujeres pudo tener más de dos hijas que alcanzaran la edad reproductiva. Esta cantidad nos pareció muy reducida respecto a la capacidad posible de reproducción humana (a la fertilidad potencial o a una supuesta fecundidad natural). La continuidad con pocos cambios de unas estrategias productivas sobre los mismos recursos durante más de 6.000 años, hasta la llegada de los europeos en TdF, son una prueba de la existencia de una gestión de las relaciones reproductivas que permitió en este caso un control restrictivo de la reproducción. Orquera y Piana (2006) también calcularon que partiendo de una población inicial de 100 personas era necesario un crecimiento teórico de sólo un 0,055 % anual para poblar en 6.000 años el área con 3.000 personas. Los dos autores observaron que con un crecimiento mínimo de un 0,5% anual se hubiera llegado a la cifra de 3.000 personas en sólo 680 años. Así, asumieron también que muy probablemente hubo al final una

reducción de la tasa de crecimiento poblacional que ilustran dibujando una curva logística teórica. En definitiva su resultado está implicando igualmente la existencia de un freno en la reproducción.

Una explotación continua de los bancos de moluscos como el mejillón no puede constituir una economía de crecimiento continuo: en primer lugar porque, debido a su escaso valor calórico, los moluscos deben ser complementados o ser complemento de otro tipo de alimentos, y en segundo lugar porque a pesar de su gran abundancia tienen una velocidad de reemplazo reducida. Por tanto, o bien debió existir un estricto control limitante del crecimiento poblacional, o bien se llegaría a un colapso de un sistema basado en el mejillón como recurso fuelle.

En ese sentido, las observaciones respecto a la dirección del cambio a lo largo de las secuencias en los yacimientos de la NWC en el tipo de moluscos (de mejillones a especies de fondo arenoso) concuerdan con las conclusiones del modelo matemático de Croes y Hackenberger (1988).

El registro de mejillones de los sitios de TdF indica que, al menos en el momento de contacto, se estaba explotando al máximo este recurso pero de forma sostenida. La actual costa Noroeste americana contrasta con la de TDF por la escasa cantidad de mejillones. Sería interesante buscar una explicación del porqué después de una posible sobreexplotación en la CNW no hubo una recuperación de la cantidad de mejillones como la que se ha observado en TdF. Es decir el porqué no se produjeron ciclos de sobreexplotación y recuperación apreciables en el registro arqueológico o el porqué, después del colapso final de las sociedades nativas, ese género de moluscos no se recuperó como sí que hicieron otros géneros. Habría que estudiar si esa reducción generada antrópicamente no favoreció una especie competidora o excluyente, lo que habría imposibilitado dicha recuperación.

3. Necesidad de control social de la reproducción

Como hemos explicado en otro trabajo (Estévez *et al.* 1998), la división del trabajo

en función del sexo, la desigualdad y la discriminación de las mujeres fueron desde nuestra perspectiva la consecuencia histórica de la gestión de las estrategias reproductivas para controlar la variable demográfica. No es impensable que la forma humana moderna se haya expandido muy rápidamente a partir de un cuello de botella evolutivo relativamente moderno², lo que es una muestra de la fertilidad potencial (por así decirlo, la “fecundabilidad”) de la humana moderna. Esa capacidad de reproducción rápida del género Homo, pudo ser la consecuencia de un proceso adaptativo previo para compensar las pérdidas de la depredación por parte de los carnívoros del Pleistoceno, y habría quedado liberada de esa presión al dominar los homínidos el fuego efectivamente. Bajo esa condición de partida, en las sociedades cazadoras-recolectoras con una tecnología eficiente como la que se documenta al menos a partir del último glacial máximo³, las condiciones de rendimientos decrecientes se pudieron plantear muy rápidamente: la reproducción humana podía superar el ritmo de reproducción de la mayor parte de las presas suficientemente grandes como para suplir las calorías necesarias para la supervivencia humana. En esas circunstancias la reproducción social entraría en contradicción con la gestión de las estrategias productivas. La supervivencia de las sociedades dependía de la reproducción de las presas y ésta estaba amenazada por una sobre-explotación reclamada por el crecimiento potencial de la población.

Producción y reproducción constituyen

2. Los datos del ADN (University of Leeds 2009 y Pedro Soares *et al.* 2009) demostrarían un origen relativamente reciente de la población de humanos modernos que se podría poner en relación con una catástrofe como la de la explosión del Toba hace 70ka (Ambrose 1998) pero que debe contemplar al mismo tiempo una llegada a Australia antes de 50ka (Davidson 1999, O'Connell y Allen 2004).

3. La tecnología del arco y la flecha, que a nivel de ergología cinegética es el instrumento pre-industrial de mayor potencial, estaría documentada desde el Paleolítico superior medio: los complejos industriales del pleniglacial en el occidente europeo incluyen puntas que por su morfología y trazas de uso debieron ser puntas de flechas.

una unidad en la que el potencial reproductivo humano presiona sobre el desarrollo de las fuerzas productivas en su conjunto. Esa prioridad de la reproducción se entiende porque la base *a priori* de la capacidad productiva es la fuerza de trabajo (la gente trabajadora), que ha debido ser previamente (re)producida. El potencial reproductivo no sólo estimula o va a remolque del desarrollo de la tecnología y de las estrategias productivas, sino que también actúa sobre las propias estrategias organizativas de la reproducción (sobre las relaciones sociales entre hombres y mujeres para re-producir la fuerza de trabajo).

La cantidad de población no es una variable independiente, y así ha intentado ser controlada (potenciada o restringida) mediante estrategias sociales que han organizado la reproducción. Como hemos dicho antes, los procesos de reproducción humana dependen en última instancia de la exposición a la fecundación (frecuencia del coito) y esta variable, las relaciones entre sexos, está totalmente integrada y regulada socialmente en todas las sociedades conocidas. En realidad ese carácter social ya está incluso incipiente en primates superiores: en estas especies algunas etólogas han visto unos complejos juegos de relaciones, alianzas sociales... que implican una verdadera organización social de la reproducción más que una relación puramente de mecánica hormonal instintiva en las relaciones individuales macho/hembra (Haraway 1989).

El proceso de reproducción humana, que integra relaciones sexuales/embarazo/parto/crianza no tiene una forma o mecanismo universal como tendría si fuera un proceso estrictamente biológico natural, sino que está manipulado (mediatizado) socialmente: existen medios de estímulo, regulación o presión, que pueden ir desde la aplicación de la fuerza física a la coacción ideológica, desde lo más simple a lo más sofisticado (Mathieu 1985, Narotzky 1995, Brightman 1996...). Por lo tanto en todo intento de explicación global de cualquier proceso social hay que tener en cuenta cómo se articulan esas relaciones de reproducción (la generación de la propia fuerza de trabajo), que son la base a

partir de la cual podrá desarrollarse y entenderse cualquier otro tipo de relación.

Dentro de estos mecanismos, la división del trabajo en función del sexo puede ser utilizada tanto para estimular (generando dependencias) como para restringir la regularidad y frecuencia de las relaciones entre hombres y mujeres. Pero, más allá de influir directamente sobre la fecundabilidad, esta división del trabajo permite separar conceptualmente el producto del trabajo por sexos y por tanto valorizarlos independientemente. En otros escrito (Grup Devara 2006) hemos argumentado ya cómo se otorga un valor subjetivo diferencial a estos trabajos y a sus productos, cómo esta diferencia de valor se transfiere a sus protagonistas y cómo todo este proceso se convierte en las sociedades CR en un mecanismo para el control de las mujeres para, de este modo, (auto) controlar la producción de hij@s. Siendo el número de mujeres el principal factor reproductivo, el control de la reproducción tiene un coste para ellas y no es un elemento que aquellas sociedades puedan dejar abierto a la iniciativa individual o al arbitrio exclusivo de nadie (al contrario de Hayden 1981).

Los dos elementos, producción/ reproducción, no constituyen un sistema en equilibrio sino una unidad dialéctica en la que existen unas relaciones de contradicción dialéctica interna. Estas relaciones entre los dos términos pueden ir desde una contradicción no antagónica, pasando por la irracionalidad en ciertos aspectos (que llevarían al surgimiento del antagonismo dentro de la unidad de contrarios), hasta la completa oposición que desembocaría en el fin del sistema como tal (su paso a otro estadio) o incluso al colapso de la propia sociedad.

En las sociedades CR plenamente desarrolladas (de *Homo sapiens* anatómicamente moderno, con capacidad de abstracción, comunicación simbólica...y una tecnología de caza eficiente), las relaciones que regulan la reproducción dominan sobre las relaciones de producción. Así las relaciones de propiedad (acceso diferencial a los medios de producción como se propone por ejemplo para la NWC) no son más que la expresión

jurídica de unas relaciones de producción, que están dominadas por las relaciones de reproducción, puesto que son estas las que han generado una determinada fuerza de trabajo (cantidad de gente), elemento base sobre el que se construye la sociedad y se generan las necesidades de producción.

Este dominio de la reproducción sobre el sistema global también queda perfectamente patente en el momento post-contacto en las sociedades de TdF y de la NWC: las sociedades americanas nativas no colapsaron por problemas técnicos internos o porque no pudieran generar los elementos subsistenciales que necesitaban, sino porque no pudieron hacer frente a la pérdida masiva de vidas (por masacres directas o el contagio de enfermedades epidémicas) que causó el contacto europeo. Una vez superado ese primer impacto, las sociedades CR sucumbieron por la inferioridad numérica provocada por su menor eficiencia reproductiva respecto a la sociedad recién llegada. Este concepto de eficiencia reproductiva no tiene nada que ver con la biología o con la fecundabilidad sino que “debe buscarse en la relación entre las nuevas vidas integradas constantemente al sistema y el volumen de población que se consigue con ellas” (MacInnes y Pérez Díaz 2008).

Según estos autores “El determinante principal de la eficiencia reproductiva es la duración de las vidas” y la CNW nos ofrece una ilustración perfecta de este último teorema. Con la llegada de los europeos, las enfermedades y el cambio de vida en general provocaron una debacle entre las poblaciones indígenas de difícil cuantificación porque se ignora la cantidad de población pre-contacto⁴. Las grandes

4. Este tema es controvertido y no ha podido ser evaluado en forma unívoca debido a que se desconoce el primer impacto, que pudo ser incluso previo a la propia llegada de gente europea: los contagios se pudieron propagar más rápidamente que la circulación de europeo@s a través de las redes de intercambio indígenas. Kroeber 1939 calcula 0,30-0,75 habitantes/km² para el momento previo a la instalación europea (1840-1860) pero esta densidad ya pudo estar afectada por la viruela. Otros datos mas generales de 1803-1805 (publicados originalmente por Jewitt 1815 y reeditado en 1987) permiten elevar esa cantidad a 1,5 km², casi el doble (Croes y Hackenberger 1988).

epidemias y las políticas de los blancos redujeron las poblaciones nativas a menos de la mitad hacia el final del siglo XIX. Las mujeres (europeas o nativas) que vivían en las condiciones de vida europeas estaban más inmunizadas y/o protegidas —vacunadas— frente a las enfermedades y tenían un mayor nivel económico y, consecuentemente, mejores condiciones de vida y sanitarias. Tenían por ello ventajas y podían gozar de una vida más prolongada. Por ello pudieron tener más descendencia que a su vez podía llegar a reproducirse. Pero además esas mujeres estaban integradas en un sistema ideológico y con políticas concretas enfocadas a estimular la reproducción. Todo ello llevó a la rápida preeminencia numérica de la población europea y europeizada⁵.

La rápida recuperación de la población nativa constatada en la segunda parte del siglo XX, al integrarse mayoritariamente en la ideología cristiana y en el sistema de prevención de enfermedades, demuestra su capacidad real (biológica y social) de duplicar la población en pocas generaciones. En menos de un siglo, algunos de estos grupos como los Coast Salish (Suttles 1990) o los Tsimshian, se han recuperado hasta llegar a más del doble de la cifra mínima a la que se vieron reducidos (Halpin y Seguin 1990).

Eso sugiere que en la NWC, por pura matemática, tuvieron que existir estrategias de gestión social de la reproducción durante toda la prehistoria, en la que no habían existido esas enfermedades limitantes⁶. Lo interesante es comparar el resultado de esas estrategias con la dinámica yámana de la cual debieron evidentemente diferir a partir de algún momento, ya que con los datos de que se dispone actualmente para la NWC, a la llegada de los europeos había

efectivamente mucha más densidad de población que en TdF, a pesar de que ésta ya era alta densidad en relación a otras sociedades CR. La densidad de población humana en el espacio ocupado por los Yámana (incluyendo en él mar/costa y montañas) habría llegado a ser treinta o cuarenta veces mayor que la densidad existente en Patagonia o en la Pampa antes de que a esta última penetraran pueblos horticultores y pastoriles (Orquera *et al.* 1984: 231).

Desde nuestra perspectiva de la teoría de la contradicción producción/ reproducción debemos explicar efectivamente el desarrollo diferencial de las trayectorias históricas de las “opuestas” sociedades CR de la NWC y de TdF como resultado de una gestión diferente de la reproducción a lo largo de los dos procesos históricos divergentes, más que como el resultado mecánico de unas gestiones alternativas de recursos distintos.

La mera existencia del salmón no explica por sí sola la dinámica diferencial. A pesar de constatarse su pesca desde inicios del Holoceno, no es sino hasta el 3500BP en que se puede documentar el despegue del llamado Patrón de la Costa Noroeste (Matson y Coupland 1995). Tampoco se explica porqué la gente pescadora del extremo sur no desarrolló otros sistemas de captación y almacenamiento igualmente efectivos, cuando en cambio sí que llegaron a practicar la pesca masiva en corrales artificiales y la caza de cetáceos. Los autores que proponen un control natural o automático de la reproducción deberían explicar porqué ese control no habría funcionado de la misma forma en un momento u otro o en los dos lugares y porqué la gente de la CNW desarrolló toda la parafernalia y la complejidad social que la caracterizó. Aquellos otros que propugnan una presión constante de la reproducción sobre el desarrollo tecnológico y consecuentemente sobre la organización social deberían igualmente explicar porqué en la sociedad yámana esa presión no les llevó a desarrollar nuevas tecnologías, incluso más allá de lo que se produjo en la NWC donde la conservación del superabundante salmón supuso una posibilidad de cierto estancamiento

5. En el noroeste de Oregón por ejemplo entre 1839 y 1847 la población blanca paso de un centenar de personas a 4.000 europeos.

6. A nivel incluso anecdótico, Hill-Tout da una información que ilustra la capacidad reproductiva y la efectividad de estrategias sociales de control de la reproducción, en este caso de la poliginia como medio de control reductor de la fecundidad: un jefe pudo tener hasta cinco hijos con una sola mujer, mientras que otro jefe con nueve mujeres sólo tuvo 10 hijos (Hill-Tout 1978: 97).

tecnológico, que tampoco se dio. Finalmente las propuestas sobre presuntas pulsiones individuales en el desarrollo económico-social y en el origen de las desigualdades deberían explicar porqué entre las poblaciones fueguinas no se dieron éstas o cómo fueron reprimidas eficazmente.

4. Discusión

Pensamos, a diferencia de Hayden (2008), que en unas sociedades originalmente igualitarias es difícil que unas decisiones individuales puedan reorientar unas normas diseñadas originalmente para la cooperación y para compartir lo necesario para la subsistencia⁷. No compartimos tampoco la antigua idea decimonónica de que exista una tendencia innata concreta de la naturaleza humana, bien ilustrada por la frase: "...no deja de ser interesante observar que la sana ansiedad y ambición de formar y perpetuar una familia, que se observan en la sociedad moderna también son factores en la vida de las razas salvajes..." (Hill-Tout 1978: 99). Estas ideas que impregnan las fuentes etnográficas parecen resucitar en algunas de las corrientes de pensamiento actuales. Existe pues el riesgo de que al recurrir hoy nuevamente a aquellos escritos iniciales sean rescatadas las preconcepciones decimonónicas vertidas en la interpretación de las sociedades nativas, en un círculo vicioso, haciendo parecer real ese espejismo y reafirmando con ello las preconcepciones actuales.

Tampoco creemos que individuos marginales extraordinarios y malévolos por "naturaleza", en estos contextos, consigan mediante conspiraciones someter a las mujeres primero y después a otros grupos de hombres. Recurrir a teorías conspirativas no es explicar, sino describir

7. Que una persona durante su vida adquiriera mayor prestigio no la convierte tampoco automáticamente en más poderosa. "De la importancia al poder hay un gran paso" (Mathieu 1985: 7). Otra concepción de la teoría de la selección natural es que ésta actúa a nivel de la especie y no de los individuos. No es necesariamente el individuo más egoísta o el más fuerte y poderoso el que más se reproduce. El altruismo a favor de los descendientes es también una poderosa fuerza selectiva.

teleológicamente una realidad *a posteriori*. Habría que explicar después por qué existían y por qué lo hacían.

Pensamos que el control reproductivo, en relación dialéctica con la gestión de recursos alimentarios, es realmente el eje sobre el que pivota la continuidad de las comunidades humanas. Las normas sociales en las condiciones de las sociedades CR prehistóricas se generaron consensuada y espontáneamente, aunque pudieron acabar siendo impuestas mediante la violencia física, la coacción social o simplemente la exclusión.

Las alternativas sociales e históricas en realidad no se "escogen". Las sociedades son consecuencia de su trayectoria histórica anterior y hasta la época científica difícilmente habrán podido calcular los efectos a largo plazo de sus actividades y obrar racionalmente en consecuencia.

En estas sociedades sus componentes fueron acumulando y pasándose, con mayor o menor fortuna, experiencias, y debieron hacer frente a las nuevas situaciones con este bagaje. Se trata de averiguar mediante qué mecanismos sociales unas sociedades orientadas a la complementariedad y con la norma de compartir se encaminaron, aunque tal vez no sin resistencias y sí con retrocesos a situaciones anteriores, hacia una organización social con una ideología de la competición y la desigualdad. Situaciones inéditas no siempre habrán sido resueltas siguiendo unas reglas de maximización y rentabilización óptima de beneficios.

La diferenciación social fue la consecuencia de unas estrategias de reproducción (la necesidad de mantener un control social de la reproducción, de organizar la reproducción mediante, entre otras cosas, reglas matrimoniales y sistemas de relaciones sexuales). Estas estrategias de reproducción no fueron un subproducto de una rentabilización biológica o mecánica derivada de las condiciones que impone el objeto de trabajo, sino que cumplieron la función básica de mantener una dinámica de equilibrio entre la fuerza de trabajo y los recursos disponibles, que asegurara la rentabilización y la sostenibilidad de aquellas sociedades CR.

La diferenciación social (la definición social de los dos sexos como categorías distintas) se impuso mediante la división sexual del trabajo. Esta fue la base de la diferenciación económica —el acceso diferencial a los medios de producción y al consumo— y ésta a su vez ha sido la base sobre la que se fundamenta la desigualdad entre hombres y mujeres (su diferente valoración). Esta última fue un sistema para mantener bajo control la reproducción y por tanto garantizar la sostenibilidad del sistema y la continuidad de las sociedades cazadoras-recolectoras.

La introducción de la consideración de la reproducción, la división sexual y la discriminación de las mujeres en el análisis arqueológico debería cambiar la explicación y proporcionará explicaciones más completas y coherentes sin la necesidad de recurrir a innatismos o elementos de esencialismos naturales (ver Vila y Estévez 2010 para el desarrollo de una hipótesis explicativa alternativa de los casos de la CNW y de la TdF).

La organización de la reproducción social es el elemento ideológico que por su función (la continuación del orden social) debe ser más conservadora que la organización de la producción que debe ser más dinámica para enfrentarse a las condiciones ambientales cambiantes y a las modificaciones del medio que ella misma introduce. Nos parece pues verosímil que aún cambiando las condiciones de la contradicción principal, como sucedió al principio con el desarrollo de la agricultura y la ganadería, la situación de discriminación no se revirtiera sino que adoptara otra forma, otro nivel e incluso una persistencia económicamente irracional.

5. Posibilidades de verificación

De todo lo anterior se desprende que el análisis etnográfico crítico muestra la falsedad de la igualdad social, y el análisis de las secuencias demuestra que debió existir necesariamente un control de la reproducción. Del análisis combinado etnoarqueológico surge una propuesta que es explicativa del proceso que culminó en las sociedades de la época del contacto, pero se necesitan indicadores arqueológicos para confirmarla y comprobar la

posibilidad de dinámicas similares en la prehistoria.

Como hemos escrito en diversas ocasiones el déficit grave es arqueológico, o mejor dicho de metodología arqueológica. Tal como manifestó Hayden, el problema de los orígenes de la desigualdad es fundamentalmente un problema arqueológico y debe ser resuelto con datos arqueológicos. Simplemente: no existen hoy día sociedades igualitarias en condiciones prístinas o en proceso hacia sociedades no igualitarias (Hayden 2001: 231-232). Observar sociedades contemporáneas no igualitarias es relevante para entender y modelizar cómo pueden haber sido las primeras sociedades no igualitarias pero los test de esos modelos deben hacerse con datos arqueológicos. Y dado que la evidencia arqueológica existente permite interpretaciones múltiples, variadas y contrarias es evidente que debemos repensar el registro arqueológico y el cómo conseguirlo. Si las relaciones sociales entre mujeres y hombres son lo importante para entender el funcionamiento y el cambio de las sociedades prehistóricas primeras, entonces en lugar de elucubrar más o menos brillantemente a partir de preconcepciones, de analogías actualistas y análisis psicobiológicos o neurológicos, hay que “arqueologizarlas” a partir de las evidencias materiales, y sus relaciones contextuales y procesos de cambio⁸. En ese sentido pensamos que las investigaciones con enfoque etnoarqueológico pueden realmente producir avances en la ciencia arqueológica, pues permiten el análisis de distintas situaciones y relaciones en vivo. Enfocando la investigación hacia la identificación de posibles indicadores arqueológicos de esas relaciones, más allá de los objetos *per se*, se pueden realizar auténticos experimentos encaminados a

8. En la CNW algunos trabajos (p.e. Coupland y Banning 1996, Sobel, *et al.* 2006, Grier 2010 y Hayden 2010) han intentado demostrar la división social horizontal de rangos, los niveles de desigualdad social internos y externos en las *households*, a partir de análisis de patrones inter- e intra-asentamiento aunque el carácter no relacional de las categorías analíticas empleadas ha significado un limitante de estos ensayos y no han tratado de abordar las diferencias sociales entre hombres y mujeres.

proponer y probar nuevos instrumentos metodológicos y sistemas de verificación y des-ambiguación del registro arqueológico⁹.

La verificabilidad arqueológica de nuestra hipótesis general necesitará aún trabajos futuros seguramente no simples especialmente dirigidos a la elaboración de categorías relacionales. Y a nivel metodológico necesitamos formas de evaluar la representatividad de las muestras y superar algunos problemas tafonómicos. Algunas cuestiones de equifinalidad podrán resolverse mediante nuevas técnicas, y replanteando las preguntas. En este sentido podremos empezar por lo básico, que es la evaluación de la realidad subsistencial total (pues actualmente aún no es así: Piqué *et al.* 2009). El análisis relacional de los instrumentos (su producción y uso) con los objetos producidos y su contexto se deberán relacionar con las personas que los confeccionaron y las que los consumieron. Se podrá así realizar el cálculo del valor real de los productos, su distribución y consumo (dentro y fuera de la unidad social de producción y reproducción).

6. Bibliografía

AMBROSE, S.H. 1998: "Late Pleistocene human population bottlenecks, volcanic winter, and differentiation of modern humans". *Journal of Human Evolution* 34 (6), pp. 623-651.

AMORÓS, C. 1985: *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Ed. Anthropos. Madrid.

ARGELÉS, T., VILA, A. 1993: "De la contradicció, o de la diferència a l'explotació". *L'Avenç* 169, pp. 68-70.

BALME, J., BECK, W. (eds.) 1995: *Gendered archaeology*. ANH Publications. Research School of Pacific and Asian Studies. Camberra.

BARCELÓ, J., VILA, A., ARGELÉS, T. 1994: "KIPA: A computer program to analyze the social position of women in hunter-

gatherer societies". En I. JOHNSON (ed.): *Methods in the mountains*, pp. 165-172. Univ. Sydney. Sydney.

BERTESEN, R., LILLEHAMMER, A., NAESS, I. E. 1987: *Were They All Men?: An Examination of Sex Roles in Prehistoric Society*. Arkeologist Museum i Stavanger. Stavanger.

BIRDSELL, J. B. 1968: "Some predictions for the Pleistocene based on equilibrium systems among recent hunter-gatherers". En R.B. LEE y A.I. DEVORE (eds.): *Man the hunter*, pp. 229-249. Aldine. Chicago.

BOAS, F., 1891: *Sagen aus Britisch-Columbien*. A. Asher. Berlin.

BOAS, F., BOUCHARD, R., KENNEDY, D. I. y BERTZ, D. 2002: *Indian myths & legends from the North Pacific Coast of America: a translation of Franz Boas' 1895 edition of Indianische Sagen von der Nord-Pacifischen Küste Amerikas*. Talon Books. Vancouver.

BRIGHTMAN, R. 1996: "The sexual division of foraging labor: biology, taboo and gender politics". *Comparative Studies in Society and History* 38 (4), pp. 687-729.

COHEN, M.N. 1977: *The food crisis in Prehistory. Overpopulation and the origins of agriculture*. Yale University Press. Yale.

COUPLAND, G. G., BANNING, E. B. (eds.) 1996: *People who lived in big houses: archaeological perspectives on large domestic structures*. Prehistory Press. Madison.

CROES, D., HACKENBERGER, S. 1988: "Hoko River archaeological complex: Modelling prehistoric Northwest Coast economic evolution". En L. I. BARRY (ed.): *Research in economic anthropology*, pp. 19-85. Supplement 3: Prehistoric economies of the Pacific Northwest Coast. JAI Press. Greenwich, Ct.

DAVIDSON, I. 1999: "First people becoming Australian". *Anthropologie* 37 (1), pp. 125-141.

ESTÉVEZ, J., GASSIOT, E. 2002: "El cambio en sociedades cazadoras litorales". *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* V, pp. 43-85.

ESTÉVEZ, J., PIANA, E., SCHIAVINI, A., JUAN-MUNS, N. 1998: "Archaeozoological analysis of shellmidden sites at the Beagle Channel in Tierra del Fuego Island: environmental and economical evolution". *Journal of Osteoarchaeology* 11, pp. 24-33.

9. El trabajo de Sutherland (2001) por ejemplo demostraba de forma contundente que los indicadores que se toman frecuentemente en la CNW para señalar la complejidad social estaban también presentes en la costa noreste de Canadá donde no existía una desigualdad horizontal semejante.

- ESTÉVEZ, J., VILA, A., TERRADAS, X., PIQUÉ, R., TAULÉ, M., GIBAJA, J., RUIZ, G. 1998: "Cazar o no cazar, ¿es ésta la cuestión?" *Boletín de Antropología Americana* 33, pp. 5-24.
- FALCÓN, L. 1981: *La razón feminista*. Vol I. Ed. Fontanella. Barcelona.
- FISKE, J.-A. 1981: "Colonization and the Decline of Women's Status: The Tsimshian Case". *Feminist Studies* 17 (3), pp. 509-535.
- GRIER, C. 2010: "Probables pasados y posibles futuros: sobre la reconstrucción de cazadores-recolectores complejos de la NWC". En A. VILA y J. ESTÉVEZ, (eds.): *La excepción y la norma: las sociedades indígenas de la Costa Noroeste de Norteamérica desde la arqueología*, pp. 148-166. Serie Treballs d'Etnoarqueologia, 8. CSIC. Madrid.
- GRUP-DEVARA 2006: "Análisis etnoarqueológico del valor social del producto en sociedades cazadoras recolectoras". En DEPT DE ARQUEOLOGIA I ANTROPOLOGIA IMF. CSIC (ed.): *Etnoarqueologia de la Prehistoria: más allá de la Analogía*, pp. 189-208. Serie Treballs d'Etnoarqueologia, 6. CSIC. Madrid.
- GUSINDE, M. 1937: *Die Yamana. Vom Leben und Denken der Wassernomaden am Kap Hoorn*. Verl. d. Intern. Zeitschrift "Anthropos". Mödling bei Wien.
- HALPIN, M. M., SEGUIN, M. 1990: "Tsimshian peoples: Southern Tsimshian, Nishga and Gitsan". En W.C. Sturtevant: *Handbook of North American Indians* 7, pp. 267-284. Smithsonian Institute. Washington.
- HARAWAY, D. 1989: *Primate visions. Gender, Race and Nature in the World of Modern Science*. Routledge. New York.
- HASSAN, F. A. 1981: *Demographic Archaeology*. Academic Press. New York.
- HAYDEN, B. 1981: "Research and Development in the Stone Age: Technological transitions among hunter-gatherers". *Current Anthropology* 22, pp. 519-548.
- HAYDEN, B. 2008: *L'Homme et l'Inégalité*. CNRS Editions. Paris.
- HAYDEN, B. 2010: "El surgimiento de Cazadores-Recolectores Complejos. Una visión desde el Northwest Plateau". En A. VILA y J. ESTÉVEZ (eds.): *La excepción y la norma: las sociedades indígenas de la Costa Noroeste de Norteamérica desde la arqueología*, pp. 87-110. Serie Treballs d'Etnoarqueologia, 8. CSIC, Madrid.
- HILL-TOUT, C. 1978: *The Salish People: The Local Contribution of Charles Hill-Tout*. Talonbooks. Vancouver.
- JEWITT, J. R. 1987: *The adventures and sufferings of John R. Jewitt, captive of Maquinna*. Douglas and McIntyre Ltd. Vancouver, B.C.
- KELLY, K. M. 1994: "On the Magic Number 500: An Expostulation". *Current Anthropology* 35 (4), pp. 435-438.
- KROEBER, A. 1939: *Cultural and natural areas of native North American*, 32. Berkeley University. California.
- KUHN, S. L., STINER, M. C. 2006: "What's a Mother to Do? The division of Labor among neandertals and modern Humans in Eurasia". *Current Anthropology* 47 (6), pp. 953-963.
- MACINNES, J., PÉREZ DÍAZ, J. 2008: "La tercera revolución de la modernidad: la reproductiva". *Revista española de investigaciones sociológicas* 122, pp. 89-118.
- MARTIN, P. S. 1973: "The discovery of America". *Science* 179 (4077), pp. 969-974.
- MATHIEU, N. C. 1985: *L'arraisonnement des femmes: essais en anthropologie des sexes*. Editions de l'Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales.
- MATSON, R. G., COUPLAND, G. 1995: *The prehistory of the Northwest Coast*. Academic Press. San Diego.
- MONGE, F.; OLMO, M.; MOURELLE DE LA RÚA, F. A.; SURÍA, T. D., MALASPINA, A. 1991: *Expediciones a la costa noroeste*. Historia 16. Madrid.
- MOSS, M. 1993: "Shellfish, gender, and status on the Northwest Coast: Reconciling archeological, ethnographic, and ethno-historical records of the Tlingit". *American Anthropologist* 95 (3 Sep.), pp. 631-652.
- NAROTZKY, S. 1995: *Mujer, mujeres, género: una aproximación crítica al estudio de las mujeres en las ciencias sociales*. CSIC. Madrid.
- O'CONNELL, J.F., ALLEN, J. 2004: "Dating the colonization of Sahul (Pleistocene Australia-New Guinea): A review of recent research". *Journal of Archaeological Science* 31, pp. 835-853.
- ORQUERA, L. A. 2005: "Mid-Holocene

- littoral adaptation at the southern end of South America". *Quaternary International* 132 (1), pp. 107-115.
- ORQUERA, L. A., PIANA, E. L. 1987: "Human littoral adaptation in the Beagle Channel region: The maximum possible age". *Quaternary of South America* 5, pp. 133-162.
- ORQUERA, L. A., PIANA, E. L. 1999: *Arqueología de la región del canal Beagle (Tierra del Fuego, República Argentina)*. Publicaciones de la SAA. Buenos Aires.
- ORQUERA, L. A. y PIANA, E. L. 2006: "El poblamiento inicial del área litoral sudamericana sudoccidental". *Magallania* 34, pp. 21-36.
- ORQUERA, L. A.; PIANA, E. L., TAPIA A.H. 1984: "Evolución adaptativa humana en la región del canal Beagle". *Primeras Jornadas de Arqueología de Patagonia. Comunicaciones*, pp. 211-234. Gobierno de la Provincia de Chubut. Rawson.
- PEDRAZA, D. 2009: *Propuesta de análisis de las representaciones ideacionales yamana i selk'nam en relación con la producción y reproducción social*. Trabajo de investigación de tercer Ciclo. UAB. Bellaterra.
- PIANA, E. L. 1984: "Arrinconamiento ó adaptación en Tierra del Fuego". *Antropología Argentina* 1984, pp. 7-114.
- PIQUÉ, R., VILA, A., BERIHUETE, M., MAMELI, L., MENSUA, C., MORENO, F., TOSELLI, A., VERDÚN, E., ZURRO, D. 2009: "El mito de la "Edad de Piedra": Los recursos olvidados". En T. ESCORIZA, T.; J. LÓPEZ y A. NAVARRO (eds.): *Mujeres y Arqueología. Nuevas aportaciones desde el materialismo histórico*, pp. 59-103. Junta de Andalucía. Almería.
- SOARES, P., ERMINI, L., THOMSON, N., MORMINA, M., RITO, T., RÖHL, A., SALAS, A., OPPENHEIMER, S., MACAULAY, V., RICHARDS, M.B. 2009: "Correcting for Purifying Selection: An Improved Human Mitochondrial Molecular Clock". *American Journal of Human Genetics* 2009, DOI: 10.1016/j.ajhg.2009.05.001
- SOBEL, E. A., GAHR, D. A. T., AMES, K. M. (eds.) 2006: *Household archaeology on the Northwest Coast*. International Monographs in Prehistory. Ann Arbor, Michigan
- SUROVELL, T. 2000: "Early Paleoindian women, children, mobility, and fertility". *American Antiquity* 65, pp. 493-508.
- SUSSMAN, R. W. 1972: "Child transport, family size, and increase in human population during the Neolithic". *Current Anthropology* 13 (2), pp. 258-259.
- SUTHERLAND, P. D. 2001: "Revisiting an old concept: the North Coast Interaction Sphere". En J. S. CYBULSKI: *Perspectives on northern Northwest Coast prehistory*, pp. 49-59. Hull. Canadian Museum of Civilization.
- SUTTLES, W. 1990: *Central Coast Salish. Handbook of North American Indians. Northwest Coast* 7, pp. 453- 475. Washington.
- UNIVERSITY OF LEEDS 2009: "New 'Molecular Clock' Aids Dating Of Human Migration History". *ScienceDaily*. Retrieved. June 22.
- VILA, A. 2006: "Propuesta de evaluación de la metodología arqueológica". En DEPT DE ARQUEOLOGIA I ANTROPOLOGIA IMF. CSIC (ed.): *Etnoarqueologia de la Prehistoria: más allá de la Analogía*, pp. 61-76. Serie Treballs d'Etnoarqueologia 6. CSIC. Madrid.
- VILA, A., ESTÉVEZ, J. (eds.) 2010: *La excepción y la norma: las sociedades indígenas de la Costa Noroeste de Norteamérica desde la arqueología*. Serie Treballs d'Etnoarqueologia 8. CSIC. Madrid.